

ENTREVISTA

Ainhoa Suárez Gómez*

Acuerparse para pensar. Una conversación con la Dra. Maya Aguiluz Ibargüen

Bodying yourself to think. A conversation with Dr. Maya Aguiluz Ibargüen

PARA ESTE NÚMERO contactamos a la Dra. Maya Aguiluz Ibargüen, investigadora titular de tiempo completo en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, donde desde 2013, coordina el Seminario de Investigación Avanzada en Estudios del Cuerpo (en adelante, Seminario Escue). Se trata de un espacio en el cual convergen investigaciones de diversa índole disciplinaria, orientadas a iluminar los debates contemporáneos en torno a las corporalidades, los vínculos materiales, afectivos y somáticos entre cuerpos —tanto humanos como no humanos—, así como al entrelazado conceptual de problemas asociados con las llamadas “realidades múltiples” de la vida social y a un horizonte planetario marcado por urgencias ecológicas y coexistencias multiespecies.

En esta conversación hacemos énfasis en la propuesta inter y transdisciplinar de los estudios del cuerpo, la cual invita a desarrollar comprensiones integrales y plurales sobre la existencia humana, y en el trabajo colectivo orientado al fortalecimiento de redes promotoras de vínculos de colaboración y diálogo en la academia.

* * *

Quisiera comenzar con una pregunta un tanto general. En las últimas décadas ha ganado terreno el interés en múltiples disciplinas por el cuerpo como un objeto de estudio. En el marco de ese giro, ¿cómo podemos entender los llamados estudios del cuerpo?

De manera general, podemos entender los estudios del cuerpo como un campo de investigación inter y transdisciplinario, el cual busca comprender el cuerpo más allá —y más acá— de su dimensión anatómica, de su fisicalidad y de sus representaciones, aunque también las incluya. Se trata de un enfoque que se configura en el cruce de diversos discursos —desde la sociología y la antropología, pero también a partir de la profundización de tradiciones filosóficas, especialmente la fenomenología, la psicología y las neurociencias—, así como de las irradiaciones de teorías críticas, como los planteamientos teóricos y prácticos de los

* Universidad Nacional Autónoma de México.

Correo electrónico: ainhoasuarez@filos.unam.mx

feminismos. Este campo se interesa, en particular, por problematizar la relación entre corporeidad y materialidad, entre semántica y materia, considerando el cuerpo como un espacio atravesado por espacializaciones y temporalidades de (re)significación, de poder y de agencia.

De la amalgama de estos y otros referentes surge, entonces, la necesidad de cuestionar la visión tradicional y culturalmente normativa del cuerpo como una entidad puramente física y material. Tal como lo señalaba Roberto Esposito al hablar del “cierre del cuerpo”, persiste en nuestra cultura un supuesto dado por sentado: su base biológica y material, la cual ha derivado en afirmaciones aparentemente factuales —y hoy fuertemente discutidas— a las que los énfasis constructivistas del siglo pasado vinieron a desmontar.

Históricamente, como lo mencioné antes, los orígenes de los estudios del cuerpo se remontan al encuentro de diversas corrientes de pensamiento y movimientos teórico-prácticos aportando estrategias y herramientas para deconstruir nociones esencialistas del cuerpo. Si bien podemos encontrar un acercamiento pionero en la fenomenología de Edmund Husserl, de principios del siglo XX, me parece que no es sino hacia los años 60 —con la noción de cuerpo encarnado en la obra de Maurice Merleau-Ponty, las perspectivas críticas sobre género y sexualidad planteadas por Simone de Beauvoir, y las contribuciones de las pensadoras postestructuralistas en el marco de la llamada revolución sexual— cuando podemos hablar de un campo de estudio más claramente establecido. A mi parecer, los entrelazamientos más significativos en ese momento se expresaron en la conjunción “género, sexo y cuerpo” o “sexualidad y relaciones de género”, y en la progresiva diferenciación conceptual entre estos términos.

Desde entonces, se perfila ya como un campo de estudio que bebe de dos tradiciones desarrolladas a ambos lados del Atlántico, aún con escasos vínculos con los marcos culturales de Asia y Oriente. En algunos casos, se han intentado movimientos intencionados hacia esos otros lugares de enunciación, especialmente en lo que respecta a saberes ancestrales sobre los puntos energéticos del cuerpo viviente, las simbologías diferenciales del cuerpo yacente o las jerarquías corporales cabeza-pies, por mencionar apenas algunos ejemplos.

A partir de los años 70, resulta imprescindible destacar, por un lado, la enorme influencia de los trabajos de Michel Foucault sobre los modos en los cuales los sistemas de poder controlan, regulan y disciplinan los cuerpos. Foucault plantea que los cuerpos no son entidades naturales o dadas, sino que se producen a través de prácticas —y prácticas discursivas— que el poder ejerce sobre ellos. Por otro lado, y de forma paralela, en el ámbito de la academia estadounidense cobraron fuerza las teorías feministas y de género, las cuales, al cuestionar las visiones esencialistas del cuerpo, pusieron de relieve su intersección con el género, la sexualidad y el poder.

En América Latina, durante ese mismo periodo, surgieron otros enfoques, los cuales —aunque no siempre institucionalizados— merecen especial atención. Me refiero sobre todo a una riquísima tradición vinculada con las comunidades originarias, cuyos saberes ancestrales sobre el cuerpo han sido históricamente ignorados o desvalorizados por la ciencia occidental. Estos saberes incluyen prácticas de sanación y partería, rituales, cosmologías e imaginarios ofreciendo perspectivas profundamente valiosas sobre la relación entre cuerpo, naturaleza y espiritualidad.

A nivel epistemológico, ¿cuál es el impacto que el cruce de estos movimientos ha supuesto para los estudios del cuerpo?

La convergencia de los distintos enfoques, tanto teóricos como prácticos, en torno a las subjetividades me parece que ha permitido desafiar ciertas arquitecturas epistemológicas establecidas en las ciencias humanas y sociales. Arquitecturas clave del pensamiento occidental como la dualista pretendiendo distinguir entre cuerpo/mente, naturaleza/cultura, sujeto/objeto. Desde sus inicios, los estudios del cuerpo han buscado metodologías que no solo examinan el cuerpo como una entidad biológica, sino que también reconocen su existencia tanto material como simbólica en constante relación con otros cuerpos y entornos.

En este sentido, la crítica epistemológica de los estudios del cuerpo se alinea con perspectivas como el multinaturalismo o multiontología de Eduardo Viveiros de Castro, quien ha argumentado que la ontología del cuerpo no puede ser reducida a las categorías establecidas por la ciencia occidental. Su trabajo —influido por su interacción con comunidades amazónicas, su formación antropológica bajo la égida de Claude Lévi-Strauss y la filosofía vitalista de Gilles Deleuze— ha cuestionado la arquitectura epistémica dominante al demostrar que la distinción entre naturaleza y cultura es una construcción arbitraria. Para estas comunidades, la cultura no es una categoría diferenciadora, pues todo es susceptible de humanización; la verdadera pregunta no es qué es la cultura, sino cómo diferentes entidades —humanas y no humanas— se constituyen en relación.

Este influjo reciente en los estudios del cuerpo encuentra, sin embargo, resonancias previas en los saberes ancestrales latinoamericanos. En lo personal, considero que nada de lo que hoy se formula en este campo podría haberse dicho o pensado sin las cosmovisiones andinas, los saberes aymaras y quechuas, y las sublevaciones de esas corporalidades históricamente situadas en encrucijadas coloniales.

Esta referencia me lleva a pensar en Bruno Latour y otras pensadoras afines, como Isabelle Stengers, quienes han desarrollado una crítica profunda al objetivismo científico, argumentando que este no da cuenta de la diversidad de realidades conformadoras del mundo. En lugar de insistir en dicotomías como lo bioló-

gico frente a lo social, proponen una perspectiva reconocedora de la existencia de múltiples modos de existencia, donde los cuerpos no son meros objetos de análisis, sino agentes participantes de forma activa en la producción del conocimiento.

Estos ejemplos ilustran cómo la crítica epistémica de los estudios del cuerpo no se limita a disolver dicotomías tradicionales, sino que apunta a una transformación radical en nuestras formas de conocer. Al suspender las categorías impuestas por la tradición científica occidental, este campo nos invita a repensar nuestras formas de existencia y relación, reconociendo la pluralidad de mundos en los cuales los cuerpos habitan, actúan y resisten.

Reconociendo esta genealogía tan rica que hoy conforman los estudios del cuerpo, ¿dónde se sitúa el Seminario de Investigación Avanzada en Estudios del Cuerpo (Escue), que tú coordinas desde el 2013 en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM?

El Seminario Escue se fundó en 2013 como un espacio de aglutinamiento y acercamiento entre investigadoras e investigadores provenientes de diversas disciplinas: sociología, historia, antropología y filosofía, aunque también con vínculos con los estudios literarios, la estética y otras ciencias.

Su origen se remonta a un interés personal que data del año 2005, cuando surgió la inquietud de desarrollar una línea de investigación en la cual convergiera la sociología del cuerpo y las emociones. Consideraba entonces que esta relación, aún poco explorada, merecía ser abordada desde una mirada sociológica. Se comenzó a establecer un entrelazado de encuentros, lecturas y discusiones, los cuales, al ir ganando complejidad, evidenciaron la necesidad de ampliar el enfoque hacia investigaciones provenientes de otros campos. La base de esta ampliación fueron los estudios culturales, inspirados principalmente en el pensamiento de Foucault, en diálogo con las distintas disciplinas que se fueron sumando al proyecto.

A lo largo de estos años, el Seminario Escue se ha consolidado como un espacio de acogida para investigaciones de posgrado —aunque también participan estudiantes avanzadas/os de licenciatura y maestría—, provenientes originalmente de los Posgrados en Estudios Latinoamericanos y en Ciencias Políticas y Sociales, y hoy de una gran variedad de áreas: filosofía, antropología, artes, sociología, comunicación, historia, psicología, y estudios interdisciplinarios como los culturales, literarios y de género.

Este espacio también ha devenido un punto de encuentro para voces de diversos contextos. En los últimos años hemos recibido a doctorantes de España, Brasil y Colombia, como Mercedes Bognino, Cleber Braga, Diana Carolina Moreno y Mary Africano Morales. También nos han visitado Marianne Gois, Laura Medeiros Bleinroth y la bailarina y coreógrafa Vanessa Macedo. Dos académicos —Ra-

fael Siqueira de Guimarães y Pablo Hoyos— han permanecido vinculados de forma sostenida al Seminario Escue. Esperamos próximamente a Nicole Batista, María Luisa Gámez Tolentino e Inmaculada Abarca Martínez.

Si algo ha caracterizado al Seminario Escue desde su creación es la disposición a trabajar con base en las propias preguntas y necesidades de las investigaciones en curso. Esa flexibilidad —esa disposición plástica, podríamos decir— ha sido una clave para su vitalidad, permitiendo un flujo constante de ideas, enfoques y voces diversas.

Uno de los ejes centrales del Seminario Escue es el énfasis en la corporeidad como un fenómeno dinámico y plural. En ese sentido quisiera preguntarte sobre el vínculo que los estudios del cuerpo establecen con la interdisciplina. ¿Cómo se entiende y cómo se trabaja la interdisciplina en el Seminario?

En primer lugar, es importante señalar que el Seminario Escue nace en el marco de un instituto cuya vocación es la investigación interdisciplinaria. Desde su concepción, Escue buscó establecer un diálogo entre distintas epistemologías desde las cuales pudiera abordarse el cuerpo. Cada persona integrante del Centro, con sus herramientas formativas particulares, responde de manera diferente a ese llamado al diálogo. La creación del Seminario Escue fue, en mi caso, una de esas respuestas.

Ahora bien, la complejidad del cuerpo como objeto de estudio obliga a superar las limitaciones de una única mirada epistemológica. Requiere activar saberes no solo teóricos, sino también prácticos, provenientes de diversas áreas. En este sentido, los estudios del cuerpo no se limitan a sumar enfoques: los ponen en diálogo, los confrontan, los tensionan. Por ejemplo, la biología puede ofrecer datos sobre la corporalidad desde una perspectiva fisiológica, mientras que la filosofía puede problematizar cómo esos datos han sido interpretados históricamente. La antropología, por su parte, revela variaciones culturales, las cuales desafían la idea de un modelo corporal universal. Incluso estos ejemplos generales muestran cómo el campo se configura desde la intersección —y no lauxtaposición— de múltiples esquemas de conocimiento.

En la práctica, trabajar interdisciplinariamente ha implicado generar metodologías colectivas que trascienden los límites de la investigación académica individual. Esto ha dado lugar a dinámicas de colaboración, discusión grupal, coautoría, participación conjunta en congresos y publicaciones, que alimentan una producción de conocimiento coral, situada y viva.

Maya, hablas de la construcción de la línea del Seminario Escue en respuesta a las propias investigaciones de las personas que lo componen, así como el vínculo entre este espacio y el CEIICH, la entidad institucional que alberga este Seminario. Retomando el interés que el

Centro ha mostrado por fomentar investigaciones concernientes a la tecnología, ¿cuál es hoy en día el vínculo de los estudios del cuerpo con las nuevas tecnologías, la inteligencia artificial, la realidad virtual?

Es innegable que la irrupción de las nuevas tecnologías ha transformado profundamente nuestra comprensión del cuerpo, desafiando sus límites y reconfigurando su relación con el entorno. Ya mencionábamos que, a partir de la década de 1980, las transformaciones simbólicas y existenciales asociadas con lo humano comenzaron a interrogar la forma misma de la figura humana. Esa inquietud aparece de manera muy clara en un conocido compendio sobre estudios del cuerpo publicado a mediados de los 2000.

Desde entonces, el campo ha incorporado nuevas problemáticas que han desplazado su eje: no solo se ha dialogado con el giro lingüístico, sino que —por decirlo en sus propios términos— se ha “queerizado”, “cuirizado”, desplazando categorías heredadas y abriendo nuevas zonas de indeterminación. Tecnologías como la inteligencia artificial y la realidad virtual no solo han modificado la experiencia corporal, sino que han producido duplicaciones identitarias —avatares, representaciones aumentadas— y han intervenido directamente en los modos de subjetivación.

Las AI (inteligencias artificiales), particularmente en los últimos años, han reformulado las escalas de relación social. La filósofa argentina Flavia Costa llama a esto “plataformación social”, parte de lo que ella denomina el “tecnoceno”. Este concepto no alude únicamente a la era digital, sino también a un conjunto de tecnologías resumidas en el acrónimo NBIC: nanotecnologías, biotecnologías, tecnologías de la información y ciencias cognitivas.

Estas tecnologías operan desde la escala atómica hasta la masividad algorítmica: desde lo nano y lo genético hasta la minería de datos y la interacción neuronal. Las neurociencias y la fenomenología han explorado cómo estas experiencias afectan la percepción del cuerpo, la identidad, el aprendizaje por imitación y las relaciones intersubjetivas, como han mostrado las investigaciones sobre las neuronas espejo.

En el Seminario Escue hemos abordado estas transformaciones dentro de un marco al cual denominamos “zonas de contacto”, donde técnica, cultura y naturaleza se entrelazan. Entendemos la técnica no como algo externo al cuerpo, sino como una extensión de su agencia. En ese sentido, tecnologías corporales como prótesis, dispositivos móviles, realidad virtual o inteligencia artificial transforman cómo habitamos nuestros cuerpos y cómo somos percibidas/os por otros. Este proceso no es neutro: está atravesado por disputas simbólicas, económicas y políticas.

Por eso creemos que estas tecnologías, además de ampliar las posibilidades del cuerpo, también pueden reforzar o subvertir normatividades en torno al gé-

nero, la salud, la discapacidad o la productividad. En este terreno, el trabajo de Flavia Costa sobre el tecnoceno resulta particularmente iluminador. Nos invita a pensar cómo las tecnologías de alta complejidad desarrolladas desde mediados del siglo XX han modificado profundamente nuestras condiciones de vida. Nuestra reflexión crítica sobre estos procesos apenas comienza, pero debe estar a la altura de los desafíos que nos plantea esta nueva configuración del mundo.

Para cerrar, Maya, quisiera preguntarte cuál crees tú que es la proyección de los estudios del cuerpo en el ámbito de la academia en México.

Respondo inductivamente. Cada año, el Seminario Escue trabaja con un núcleo vinculado con nuestro Centro de Investigaciones (CEIICH), conformado por becas y becarios doctorales y, ocasionalmente, posdoctorales —hasta ahora, formalmente, solo hemos contado con una investigadora posdoctoral, que has sido tú. También participan colegas, los cuales se integran durante ciertas temporadas para realizar estancias de investigación, ya sea por invitación o por iniciativa propia. Todas estas personas —con sus proyectos, preguntas y trayectorias— movilizan el trabajo del Seminario hacia zonas de contacto y fronteras interdisciplinarias.

Son ellas y sus investigaciones quienes marcan, de algún modo, la pauta del Seminario Escue. A partir de esta confluencia de voces e intereses, hoy puedo destacar dos líneas de trabajo que estamos proyectando. Por un lado, la cuestión de la representación y la narrativa de la enfermedad, abordada desde un cruce entre estudios feministas, literatura y sociología médica. Por otro, una exploración de las relaciones entre animales, humanos y plantas desde una perspectiva ontológica. Lo que buscamos aquí es indagar cómo se configuran esos vínculos en el presente y, sobre todo, en qué medida pueden imaginarse y construirse relaciones cada vez más horizontales entre estos ámbitos.

Este segundo eje está en diálogo con el pensamiento de la antropóloga Anna Tsing, cuya obra articula saberes provenientes de la biología, la estética y la tecnología. En ambos casos, apostamos por una forma de conocimiento situada, sensible y crítica frente a los modos dominantes de relación con lo viviente.

Te agradezco, Maya, esta conversación. ¿Quisieras agregar algo más?

Gracias a ti. Solo quisiera cerrar reiterando que los estudios del cuerpo nos invitan a pensar y sentir el mundo de otra manera: reconociendo la corporeidad como espacio de encuentro, resistencia y transformación. Desde el Seminario Escue buscamos generar un diálogo interdisciplinario y colectivo que nos permita abordar el cuerpo en toda su complejidad, pensándolo como lugar de cruce, escucha y resonancia. En ese espíritu, quisiera extender una invitación abierta a quienes se interesen por estas preguntas a sumarse, a acuerparse, a este espacio

de reflexión compartida, donde las experiencias y los saberes diversos son siempre bienvenidos, y donde seguimos —incansablemente— en busca de nuevas preguntas y nuevos horizontes. □